

CONFRONTACION CON EL FUTURO

Sobre una nueva situación en la teología

POR

IGNACIO ESCRIBANO ALBERCA

TEOLOGÍA DE LAS REALIDADES TERRESTRES Y PASADISMO

La sublimación estética de lo creado, entendida activamente, ha tenido siempre como objeto terminal el pasado, al que perdidamente se dirigen cuidados y solicitudes. «Suspiria»: el título de una colección de versos del pasadista Ivanov. La poesía del romanticismo, grandemente consecuente en este punto, habla del retorno a un paraíso perdido. En el terreno de la teología—nos vamos a referir a una parte de la más inmediata a nosotros, prescindiendo por ahora de las diversas querencias hacia lo paradisíaco en que se hallaba enredado el pensamiento teológico de los Santos Padres—se establece dicha sublimación estética por obra de una cosmoteología, cuyos principales pivotes no se buscan inmediatamente en lo creado, sino en la obra redentora de Cristo, desde cuya perspectiva—sobre todo avistada la Redención en su representación cultural—se trata de ganar y recuperar para este mundo, sobre el cual, por lo demás, se está de acuerdo con 1 Joh. 5, 19 en lo que afecta al estado deficitario del mismo, un rayo de luz. Surgen obras como *Los signos sagrados*, de Guardini, o *El mundo sacramental*, de Pinski, que hallan cobijo editorial en la colección de los benedictinos de María Laach, cuyos intereses—marcadamente restauradores, si está permitido hacer uso, en teología, de nociones políticas—van dirigidos compactamente a la representación cultural de la obra redentora, desde la que, como se ha dicho, se espera cobrar una visión reconfortante del ajetreado mundo. (Piénsese un momento, para no desorbitar estos apuntes críticos, en lo poco que dicha teología supo decir sobre la proyección escatológica de la existencia cristiana.) La *Teología de las realidades terrestres*, de Thiels, cuenta también aquí.

No puede ponerse en duda que este ambiente teológico, preocupado primeramente por establecer una consagración católica de lo cotidiano, representa un avance con relación a la angelología de los neoescolásticos. En el plano ético, el concepto de apostolado y misión—misión, téngase en cuenta, es un vocablo sumamente explosivo en

manos de la moderna teología de la esperanza que han puesto en marcha los alemanes— sugiere la irradiación del cristiano en el mundo, en los ambientes secularizados del mismo. En las diversas corporaciones católicas se avista el recinto desde donde es hacedera la cristianización del mundo. Preocupaciones futuristas tampoco son aquí predominantes. Con el instrumental del catolicismo corporeizado en las manos, se espera contener el flujo de las cosas y establecer en medio del mundo una isla de paz —*beata pacis visio*.

Pensar hacia atrás no puede estar del todo proscrito en teología, puesto que existe la creación, que ha tenido lugar en el tiempo calificadamente primordial, y puede tomarse asimismo cuenta de la redención, que ha elevado la naturaleza caída. La representación o actualización de lo pasado está siempre legitimada, dado que se dispone del culto y la tradición. La Iglesia, donde se hallan acumulados los tesoros de la tradición, recibirá preferentemente un significativo título: prolongación de la Encarnación. Tómese en cuenta que, en lo atañero a la noción de tiempo e historicidad que a tal definición acompaña, lo teleológico, por expresarnos ahora de alguna manera, no cobra especial relieve, predominando la conciencia eclesial de vida como prolongación en lo temporal de un hecho pasado.

La teología protestante, más preocupada por lo antropológico, se ha desentendido de la cosmoteología en sus diversas versiones. Es una de las razones por las que, pese a los estrechos contactos que desde ese campo se hayan intentado establecer, más o menos oportunistamente, con la teología rusa, no se ha podido llegar a un mayor entendimiento entre ambas Iglesias. Sublimación pasadista de las realidades terrenas, por un lado; acuciante necesidad de marcar un sentido a la existencia cristiana, por otro. En el mundo de las letras se ha renunciado largamente a la sublimación estética de la naturaleza. Desde Auschwitz, como se ha formulado, no se puede hacer ya más lírica.

El mundo conceptual de los neoslavófilos—si se permite esta digresión, nada más que aparente, por lo demás— ilustra de maravilla la impotencia del programa teológico de la sublimación estética de lo creado.

Nikolaus von Arseniev puede servirnos como ejemplo, en primer lugar, de lo comprometida que se halla la teología neoslavófila con lo pasado y fundamentado en la tradición; en segundo lugar, de la incapacidad de dicha teología para enfrentarse razonablemente con el problema del futuro. Arseniev, quien, amén de sus publicaciones sobre la mística, ha escrito un libro sobre la *Transfiguración del mundo y de la vida* (1955), busca naturalmente el centro de lo creado en Cristo, en el Cristo epifánico de la transfiguración en el Tabor, tal

como la Iglesia rusa se viene representando el centro de la piedad cristiana; en el Cristo numinoso, como Arseniev también trata de explicarse, apoyándose en la terminología de Rudolf Otto. Puesto que Arseniev, también en esto un buen discípulo de Pavel Florensky, se ve tentado asimismo a rastrear afinidades y congruencias por la historia, su marcha metodológica pone más que de manifiesto la óptica que aquí predomina. Arseniev nos irá hablando, sin salvedades ni cortapisas, de lo que representa una «nostalgia embebida de paz», que es nostalgia de lo «eterno-romántico en la vivencia de la belleza», transfiguración como experiencia de la belleza en lo cotidiano, encuentros con la belleza donde se abren nuevas perspectivas, el «languor» de Shelley... Atajamos críticamente con una pregunta: ¿no tiene precisamente este *languor* mucho que ver con el hastío y la desesperación de los posrománticos, que a Leopardi ocupan en centenares de páginas de su diario y que a otro gran posromántico—Kierkegaard—proyectan a superar rebeldemente la posición romántica?

¿Con qué presupuestos contaba este clima espiritual para enfrentarse con la Revolución? Ivanov, programatizador del neorrenacimiento ruso por el año 1905, dirige sus miradas a la Iglesia católica. ¿Sería exagerado situar su conversión en el derrotista ambiente de la ortodoxia frente a la revolución? En su correspondencia con el hebreo Gerschen-son escribe Ivanov: «¿Cómo podía pasarnos por alto, en el derrumbamiento de la hora presente, que la Iglesia es todavía una fortaleza que salvaguarda los valores de la tradición?...» No se olvide que Ivanov ha pretendido expresar el significado de la obra de Cristo emparejándolo con Platón y San Agustín entre los grandes maestros de la memoria-anámnesis. Boris Pasternak siente la llegada de la revolución como una vibración que pulsa febrilmente en los postes de telégrafos a lo largo de las estaciones ferroviarias. Maiakovsky: «El arpa de esta hora son los postes de telégrafos.» El futuro que presenta la monstruosa deidad de la revolución y la mansa impotencia del Cristo de la memoria ante lo nuevo que llega en avalancha, ¿no merecerían un día ser estudiados con detenimiento?

Con esta digresión político-teológica no queremos prejuzgar las decisiones a que nos aboca la confrontación del pasadismo, perdido nostálgicamente en el empeño de reprimar, y la apertura al futuro del porvenir cristiano, que, de dar fe a las recientes reflexiones teológicas, constituye el carácter fundamental de la existencia creyente en su dimensión temporal. Pero no había que dejar de lado estos aleccionadores episodios.

La teología protestante, reacia a aceptar construcciones de tipo cosmoteológico, y de suyo preferentemente empeñada en apurar los valores antropológicos del cristianismo, en su vertiente dialéctica—Barth, Bultmann, Brunner, Gogarten, Thurneysen, Tillich...—lanza los conceptos de historicidad, futuro, apertura al futuro, escatología, etc. Pero advirtamos ya aquí que, dado que el empeño de la teología dialéctica estaba predeterminado por la noción de historicidad de Kierkegaard—con cuya presunta superación de Hegel se trafica ahora codiciosamente—, por fuerza hubo de desembocarse en una noción de historicidad, frente a la cual la generación nueva, más distante de aquellos acontecimientos, y más crítica, se hace la pregunta de si se había atinado a definir congruentemente el existir cristiano.

En efecto, una vez que se ha avistado la construcción del paradoxon de Kierkegaard, dentro de la cual la realidad de Cristo, por oposición a la interpretación hegeliana de la misma, cesa de ser el reflejo de lo eterno en el tiempo, o, si se quiere, deja de estar comprometida con una evolución dialéctica de la historia—por manera que el significado y alcance de esa realidad hubiera de ser acaparado en una valoración total de las realidades históricas, portadoras, en este presupuesto, de un valor eterno—, para venir ahora a connotar un descenso, paradójico y único, de lo eterno en el tiempo, es más que comprensible que la generación teológica de Entreguerras, que había salido de las aulas de Troeltsch y Harnack, y sobre la que moleestamente pesaba la losa hegeliana, se refugiara en la lógica de la «Einmaligkeit» paradójica—*semel*, se dirá latinamente—del filósofo danés.

El «Dios en el tiempo»—Cristo, según la disposición del paradoxon de Kierkegaard—representa el punto donde celebran su encuentro lo eterno y lo temporal. Se hablará largamente de la puntualidad de la historia. La revelación es la línea que «desciende verticalmente desde arriba» y rompe la inmanencia de la historia en un punto dado. En la condensada postura existencial de la situación, en el tiempo calificadamente lleno, en el *kairós*, en el instante—sinónimos todos ellos de coyuntura existencial—irrumpe lo eterno.

¿Qué noción de historicidad surgirá de estos presupuestos? Creemos que no deben pasarse por alto dos momentos decisivos: en primer lugar, la verticalidad de la noción de tiempo; en segundo lugar, la extraterritorialidad con relación a la historia real, resultante asimismo de la postura ocasionalista de Kierkegaard frente a la historia.

En cuanto a lo primero, repárese que, en efecto, cuando el teólogo dialéctico habla de apertura y disponibilidad de la existencia hacia